

**CUENTOS
GANADORES
EN
FACEBOOK**

GANADOR

El regreso

JEOVANNY BENAVIDES

Y ahora estaba muerto. Había sentido el placer de asesinar decenas de veces, pero en ese momento era distinto, porque la persona a quien acababa de matar era a él mismo, estaba seguro. No era un suicidio. El hombre que estaba tendido en el suelo y al que había disparado tres veces en el corazón era otro, tenía que ser, aunque se pareciera a él, aunque jurara que era él.

Pasaban los minutos y no hacía otra cosa que halarse de los pelos y examinar el cadáver. En esa confusión que atentaba contra toda lógica le dio por levantarle la camisa al muerto y revisar la cicatriz que se había hecho de niño en el vientre cuando jugaba a medianoche con sus hermanos en un patio enorme y no vio el alambre de púas que se le clavó cerca del ombligo. Cada vez que hacía el amor con sus amantes evitaba desnudarse por completo para impedir que la pasión se esfumara o, algo peor, que se burlaran de él, pues la herida la tenía encostrada en el centro de la barriga y parecía más la huella de una cesárea o de una operación, que la marca de un juego infantil del que ya ni se acordaba.

Y halló la cicatriz en el mismo lugar, idéntica, repetible en el cuerpo del hombre que hacía exactamente

quince minutos había entrado a la sala de su casa con una pistola nueve milímetros e hizo además de asesinarlo. Pero él fue más rápido, actuó con el instinto del chacal que lleva adentro, le quitó el arma, evitó forcejear al tirarlo contra la pared y ahí, sin piedad, le asestó los tres tiros en el corazón para no sentir el asco de volverle a disparar.

Al principio creyó que el intento de acabar con él provenía del último asesinato que le habían encargado. ¿Había dejado una pista, un rastro? Jamás lo hacía. Se preciaba de ser un sicario profesional por eso y porque cada trabajito lo consideraba una obra maestra de absoluta precisión. Sólo los débiles y mediocres se ponían nerviosos antes o después y dejaban alguna huella, incluso alguna prenda, que los delataba. Él no, era distinto, era el mejor.

Todo pasó tan rápido que cuando se dio cuenta se vio aturullado y frustrado en la propia sala de su casa pensando que la vida le estaba jugando una broma de pésimo gusto. Mientras, una recurrente pregunta le daba vueltas en la cabeza como un moscardón: ¿Y ahora... qué diablos hago?

Continuó revisándolo. El muerto tenía el mismo colmillo de oro, el mismo lunar de sangre en la nuca, la cruz gamada tatuada en el brazo derecho, la quemadura de hace cinco meses que se le dibujaba aún en el mentón... todo menos la herida que se había hecho en la rodilla hacía un par de días mientras jugaba fútbol. Eran las nueve de la noche de un viernes. Hubiera pasado todo ese fin de semana contándose los bellos del pecho para luego compararlos con los del cadáver y comprobar si eran los mismos en número y medida, pero no hacía falta. Era él.

La isla de los muertos

NELSON MADRIGAL REYES

–¡Eso sí que no! – gritó Macho Negro al mismo tiempo que estrellaba su mano de cartas contra la mesa. –Dijimos que no había que pasarse con las penitencias.

Era de madrugada, la poca luz que entraba por las ventanas y rendijas competía con la llamita de una lámpara de queroseno; sobre la mesa compartían hábitat botellas vacías, semillas de jocote, chivas de cigarrillos, un mazo de cartas, y siete brazos manoseándolas. El hombre que ha gritado recién ha perdido la última partida, ha escuchado la penitencia impuesta y no le ha gustado, de allí su exabrupto.

–No seas cobarde Macho. ¿O es que tienes miedo? ¡No digas que tienes miedo! – dijo el Jayán, coto de un brazo, los ojos brillando en la penumbra, los dientes dibujando malicia.

Al mentado Macho lo pudo el orgullo, pero no respondió, se quedó quieto regando una mirada devastadora de izquierda a derecha, las mandíbulas cerradas como una tenaza hidráulica; en un solo movimiento abandonó silla y mesa y volcó la silla de una patada; luego abandonó la sala de la champita y salió a un patio cuyo extremo colindaba con las olas del mar. Hasta allá caminó Macho Negro, las mandíbulas siempre a punto de romper piedras, los puños capaces de romper cocos, los pasos hundiéndose en la arena oscura, la vista fija en el agua. Al vaivén de las olas se tambaleaba

un bote de remos, el hombre lo empujó hasta que el fondo de éste abandonó el firme de arena, saltó a él con gracia, sutileza y rabia, afianzó los pies en el fondo, los puntas de los remos en sus puños, y a golpe de pala, suavcito, suavcito, empezó a vencer la corriente de agua que se aproximaba desde el noreste, el viento que avanzaba desde el sureste y las pequeñas olas que ambos elementos provocaban. “Decirme a mí, al Macho Negro, el rey de la noche, que tengo miedo”, refunfuña el hombre; así va por el mar, refunfuña y rema.

A su espalda se distingue la silueta de la Isla de los Muertos, baja, rechoncha, como una plasta de lodo que se ha estrellado contra el mar. En la orilla se distinguen algunos mangles jóvenes y encima de ellos rosea el fruterío de unos icacos; algunos pájaros se han levantado con la sirena de las cuatro de la mañana y arman minúsculas peleas alrededor de los frutos. Detrás de los árboles y los pájaros, en la colina, por aquí y por allá motean las cruces del cementerio.

La quilla del bote choca con el fondo de arena, entonces el hombre salta al agua, empuja y atraca en la orilla, se agarra de las raíces de unos mangles, se impulsa, camina por debajo de los icacos, esquiva los escupitajos y los desperdicios de los pájaros, llega hasta el lugar de las cruces, se arrodilla sobre la que más clarea a esa hora matutina, escarba la tierra blandita con uno de los remos, escarba y escarba hasta llegar a los tablones del ataúd, y con una navaja graba su apodo en la madera.

El hombre volvió a la orilla, ahora rema con determinación para alejarse de la isla, murmura “maña-

na comprobarán si Macho Negro tiene miedo de los muertos”, observa el cementerio mientras se aleja. Un viento suave llega hasta el bote y él siente un sudor frío en las manos. Asustado, deja de remar, ahora la claridad es intensa y él puede distinguir los colores, registra sus manos y, ¡Santo Cielo!, es sangre el sudor que siente. “Por molestar a los muertos”, piensa mientras observa intrigado el resplandor de la cruces.

Herencia

DAVID OCANTO

Los reconocí de inmediato, tras el mostrador de la sala principal de la hemeroteca orientaban a una usuaria sobre alguna noticia que buscaba de los años sesenta. Deben tener cerca de quince años trabajando aquí y aunque se conocen muy bien los materiales resguardados en la sala no logran dar con el dato que busca la señora Briceño; Aída Briceño, que así firma la usuaria que nos encontramos en el mostrador de la Biblioteca Nacional.

Mientras lleno los formularios para solicitar los ejemplares de la Revista Shell que quiero revisar, me entretengo al escuchar a la señora Briceño dar detalles de su búsqueda, quizá porque también he trabajado en bibliotecas y quedan las ganas de meterse en los archivos a buscar materiales difíciles.

- Sucedió en octubre de 1964- dice, mientras pone varios ejemplares de Tribuna Popular sobre el tablón de la recepción. -Pero en estos no sale ninguna reseña, ya revisé de octubre a diciembre.

Los bibliotecarios se quedaron callados como si fuera una afrenta fallar en una búsqueda.

- Fue en Falcón, en la sierra de Falcón, en un enfrentamiento con el ejército, no se sabe cómo murió si en el campo o después; igual la desaparecieron.

Luego de unos segundos continuó.

- Es que mi mamá murió hace casi tres años y ahora vamos a vender la casa y necesitamos el acta de defunción de mi hermana Ángela, sin ese documento no podemos vender, debemos demostrar que murió. Ya revisé en la máquina de microfilm los mismos meses de El Nacional, ni mención de los enfrentamientos.

Ellos le explican lo difícil que eran esos tiempos, nadie llevaba la cuenta de los desaparecidos, además les cortaban las manos como premio para los superiores y los enterraban en cualquier zanjón.

Como si no escuchara -pero escuchó- dice que ella lo supo hace poco, que su mamá murió hará cosa de tres años -repite- y que antes le dejó a su cargo una caja de zapatos llena de papeles, y allí encontró; entre viejas facturas de compra de una nevera y un picó, recetas de cocina, los documentos de propiedad de la casa, fotos con personas que ella no supo reconocer y una foto del cantante Alfredo Sadel fechada al reverso 02/03/1962 en linda caligrafía; un recorte de periódico muy amarillo y roído en una esquina por ratones, donde daban noticias del enfrentamiento aquel. Cuatro

insurgentes muertos en el ataque al poblado de San Luis, entre ellos A. Briceño, una fotografía muy oscura en la esquina inferior derecha, de un jeep militar y dos soldados con fusiles a la entrada de una casa, justo donde los ratones hicieron un arco en el papel que fueron comiendo. Nada más. No dice que A. Briceño era mujer, que tendría 22 años y el pelo largo en bucles, que estudiaba Economía en la Universidad y llevaba un año alzada en el Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos; que mamá la lloró desde entonces porque ella sabía que su niña estaba en la montaña, y que nunca más se habló de Ángela en casa, que de mis cuatro años la memoria sólo resguarda una imagen de mi hermana y ahora que lo intento no tengo con quien cotejar los pedazos de recuerdos.

- Llevo dos días en la biblioteca y tengo que sacarle el acta de defunción para vender la casa -dice- y voltea a un lado cuando siente que se le aguan los ojos por el único recuerdo de una sonrisa enmarcada por unos bucles negríssimos, que hacían que la piel blanca de la cara de Ángela brillara.

La carrera **WENDY GARCÍA ORTIZ**

Teníamos tanto tiempo de no salir a jugar, que aquella tarde se nos hizo pequeña. Era la primera vez que nos alejábamos de casa desde que te hacía atacado una extraña enfermedad y por eso las dos estábamos felices.

Nos entró la noche justo en donde la frondosidad del bosque no te deja ver bien. Jugábamos a las

exploradoras e imaginábamos que aquella montaña rocosa que sobresalía era nuestra pirámide escondida.

Corrimos hacia ella y nos sorprendimos al ver que no estaba abandonada. Más bien tenía una puerta de entrada y un graderío incrustado en la roca, que le daba la vuelta a la cumbre. Sólo nos bastó un guiño para lanzarnos a la aventura en aquel sitio inexplorado.

La oscuridad se hizo más densa a medida que íbamos subiendo y mientras más nos acercábamos a la cima, menos podíamos ver nuestra casa. Decidimos detenernos a medio camino y resolver el futuro de nuestra expedición con el juego de siempre. ¡A la una, a las dos, a las tres! Nuestras manos revelaron que era hora de regresar por donde venimos.

Confieso que me sentí aliviada, pues por alguna razón el lugar había empezado a producirme escalofríos. Te reté a alcanzar la salida corriendo. Me aseguraste que serías la primera en llegar, pero yo iba ganándote el paso.

Bajé las gradas en una carrera contra el miedo que empezaba a helarme la espalda. La penumbra me hacía sudar, pues no sentía en dónde ponía mis pies y sabía que me arriesgaba a rodar cuesta abajo hasta la puerta metálica. Lo que sustituyó a mi vista fue mi mano derecha, que se aferró a la fría roca. Mi respiración, de todos modos, estaba agitada desde hacía un buen rato, por lo que el hecho de que me faltara el aire no me sorprendió. A mi izquierda pude ver de reojo una ramificación de plantas espinosas que por un momento me hizo sentir que se movía. Mi huida se

tornó desesperante.

Cuando por fin empuñé los gruesos barrotes de la puerta, respiré tranquila al encontrarla sin llave. Pero al ubicarme afuera de esa inquietante fortaleza y observarla desde sus faldas, me recordé de ti. Estaba segura que venías detrás de mí, en igual carrera contra el encierro que yo. Y a pesar de que mis ojos te buscaron por entre las espinas, en las sombras de la roca, en el gradería, no te encontré.

Sin pensarlo, grité tu nombre, casi como un reclamo a esa piedra monstruosa, por arrebatarte de mi espalda. Pero en tu lugar, salió una mujer de pelo largo cuya complexión parecía la de un tronco seco y rugoso. Sus movimientos eran toscos y se notaba que tenía mucha dificultad para bajar de la cuesta. Aunque su aspecto sólo me hizo más pesada la penumbra, me atreví a subir de nuevo para enfrentarla y demandar tu presencia.

Cuando intenté pasar la puerta, estaba atascada y por más que forcejeé, no logré regresar a buscarte. La mujer se quedó quieta, tal vez complacida con mi torpeza.

Yo seguí gritando con la misma fuerza que la primera vez y con la misma intensidad que nuestra madre el día de tu nacimiento. Algo se desgarró en mi garganta. Algo que provocó que un líquido caliente resbalara por mis mejillas.

No supe más de ti después de aquella noche. Y a veces siento, como hoy, que tampoco sé qué fue de mí.

Espejismos

KATHIANA VIDAL

Llevo horas caminando. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que mi avioneta cayó en medio de la nada. El sol penetra mi piel y amenaza con estallar mis huesos. Siento la lengua hinchada. Las piernas me flaquean. A mí alrededor solo veo arena. Se levanta y crea remolinos impulsada por el viento caliente. Penetra mis ojos y me ciega por instantes.

Pienso en mi novia y suspiro. Temo morir en este lugar y nunca ser encontrado. Convertirme en una duda, en un recuerdo. Dejarla para siempre sin poder besarla, sin despedirme. Soy un grano de arena más en esta inmensidad. Un pedazo insignificante del universo. Si desaparezco entre la nada, ¿acaso el mundo lo notaría?...Sigo sostenido por la fe que me enseñó mi madre, aunque desde hace años ya olvide mi credo. Sé que no oro desde que era niño. Pero hoy no puedo hacer más nada que orar. Es Dios quien ahora se niega en contestarme. Siempre me inquietó saber cómo moriría. Me imaginé en una cama anciano. Rodeado de mis hijos y nietos. Nunca pensé encontrarme muriendo de sed en medio del desierto. Cuantas personas estarán en este momento maldiciendo la vida. Cuantos estarán felices, alrededor de una mesa con el almuerzo servido. Cuanto daría por solo un trago de agua. A lo lejos veo unas palmeras, hay un lago de cristalinas aguas. Sé que es un espejismo. Lo que mis ojos me regalan es el reflejo de lo que deseo. Sin embargo camino hacia allá guiado por la esperanza. Pueden pasar dos cosas. Que llegue al oasis y siga con vida.

Puede suceder lo contrario, que se trate de una ilusión y muera. ¿Cómo saberlo? Intentaré llegar. Deteniéndome por la duda. Avanzando por la fe. Este es el momento en que tú que escribes estas líneas juegas a ser Dios. Si quieres que viva, harás real ese espejismo. Podrías mandarme ayuda. Despertarme de esta pesadilla en una cama cálida al lado de mi esposa. Pero si deseas que muera, me dejarás pidiendo auxilio con las últimas fuerzas que me quedan. Has preguntado a muchos qué final darme. Te han dado múltiples respuestas, que se contradicen. Te confunden; pero en el fondo sabes que tienes la última palabra. Solo tú decidirás al final si merezco la vida o simplemente desaparecer entre las arenas del desierto. Lo único que me consuela, es que el que escribe tu historia... también busca tu final... Todavía.

Sobre el bulevar de los sueños rotos

ANA CHAVARRÍA

HACÍA MUCHO FRÍO, pero era muy común en época de otoño que la temperatura bajara por la noche como si se tratara del más duro invierno. El frío cruel atormentaba al caminante que avanzaba a lo largo del bulevar de Broadway a paso entorpecido. El viento heladizo ondeaba a su alrededor y se discurría como agua por su capa negra, creando el efecto de un adagio melancólico. El roce le flagelaba su cuerpo con drástico coraje, y de su parte sólo había gestos de resignación. Su piel congelada empezaba a formar grietas pálidas que se confundían con las insoportables grietas de los años.

Se apresuró un poco, arrastrando consigo el temor de una rata que se escapa de su sombra. Al bajar a la estación del metro de Times Square - 42 Street, un grupo de pasajeros se amontonó con loca desesperación a la entrada del tren Q. Otro pasajero corrió desesperado, sin llegar a tiempo. La mirada evasiva de la gente le restó toda clase de motivos. A nadie le llamó la atención su espectacular traje de Batman. A poca distancia, el Spiderman y el Elmo aguardaban el N. El tren que esperaba llegó pronto y lo abordó en segundos.

De regreso a la superficie, el aire gélido de la ciudad le pegó en el rostro sin misericordia. Los alcantarillados de las calles neoyorquinas creaban un ambiente vaporoso como de película. La temperatura había descendido tres o cuatro grados más de manera inusitada. Con cuidadoso afán se arrojó los hombros con su capa. Sus manos congeladas, a pesar del grueso de sus guantes, las protegió dentro de su cinturón grisáceo. Y así avanzaba, con pinta de murciélago, resignado al frío, a la noche, a la piel flácida y agrietada que caía de su cuerpo como una cascada.

De golpe, el viento arremetió con potencia. Las cuchilladas de hielo obligaron a los transeúntes a escudarse con las manos al mismo tiempo que vociferaban palabras incongruentes. El caminante decidió continuar su vía crucis flagrante en medio de aquella ráfaga tempestuosa. Abatido, dirigió su vista al cielo, rogando al firmamento que aclarara pronto. La noche ni se inmutaba; parecía eterna con aquella oscuridad ingrata.

Las copas de los árboles, escasas de hojas, se mecían agitadamente, se anudaban como una abominable sogá. Aquello no era un sueño, sino una pesadilla. En segundos, las ramas se extendieron sobre él como unos brazos largos y finos. Pareció descender sobre su cabeza una corona de espinas. Él se quedó absorto por el zumbido de las ramas que el viento azotaba. Un súbito vapuleo descargó un ruido furioso que traspasó la punta de los rascacielos, alcanzando al cielo. Después, como vestida de mortaja, sobrevino una calma fría.

Las pocas rachas de viento arrebatában de los árboles las últimas hojas secas de otoño que caían, como las hojas de un calendario, en delicado zigzag a los pies del caminante. Una alfombra colorada se formaba, produciendo un chasquido al paso... chazz, chazz, chazz..., como un latigazo.

La noche comprendía sus sueños; sueños fracasados que el tiempo no tomaba en cuenta; porque el tiempo, más cruel que el más cruel de los inviernos, logró borrar la oportunidad de este desgraciado, actorcillo aspirante, a ser descubierto. Pero soñar no mata, y así salía por las noches con los sueños rotos, disfrazado de Batman, a ganarse la vida sobre el bulevar de Broadway; calle larga, atiborrada de héroes caricaturescos que buscan el sustento asumiendo poses estelares. Y ahí, los sueños resucitan cada noche, aunque el soñador sufra tanta soledad y miseria.

Oktoberfest

ALEX LEDESMA

El muro de la casa vecina se está descascarando. Fuera hace un frío atroz. Debería aclarar que es atroz para mí. Espero el vehículo. Estoy desnuda. Siempre llega tarde. El perro no ha ladrado. La televisión está encendida. Le escribo, en vano, un mensaje de texto. Sé que tardará. Pienso quedarme sentada en la taza del baño. Pienso darme una larga ducha de agua caliente. Quizás fume aunque le moleste que lo haga pero estoy en mi casa. No sé porqué me esmero en arreglarme para él si existe la posibilidad que termine subiendo unos post en mi blog, revisando mi correo y (por supuesto) el facebook. Algún sitio web que me interese. No me gusta el frío. O más bien no me gusta el frío de este lugar, Elsinorestrasse. Alquilo un piso que no me viene mal. Sin embargo la biblioteca es muy antigua. Debo regresar los libros. Son muy rigurosos con el tiempo (¡las multas Dios mío!). Herr W parece sacado de una novela de Thomas Mann. La demora es penada en euros. No pienso darles nada. El agua está perfecta. Invita a cerrar los ojos. Estaré un par de horas hasta medianoche, él vendrá con café, una excusa barata y se quedará hasta las cinco o seis de la mañana. Puede ser que discutamos. Puede. Puede ser que las palabras lleven un tono ofensivo y yo termine gritando. Le diré que no regrese más y entonces haremos el amor. Nada mejor que resolver las diferencias y malentendidos con una dosis de agresiva pasión. Pero me estoy aburriendo. Mañana despertaré tarde. Sola. Y una nota en la mesita de noche. Beberé el café frío, me gusta el café frío. Esto no tiene remedio. El espejo dice que no soy yo, el espejo empañado ofrece un rostro ni muy joven

ni muy agraciado. Me gusta mi cuerpo, sobre todo mis pantorrillas y el contorno de mis glúteos. Tengo sueño. Después del baño dormiré profundamente. No le abriré la puerta. Aunque sus gritos despierten los vecinos (el sueño asedia mis metáforas herr W). Dormiré bajo la lluvia de gritos (capaces de abrumar a las valquirias y a todo el barrio de Berlín). Aunque se termine cayendo el muro de enfrente. Ess mussein!